



## LOS SALMOS DE DAVID EN LA «SUBIDA DEL MONTE CARMELO»

PEDRO ANTONIO URBINA

### 1. *Líneas características de la poesía oriental y el salterio*

Como sucede en otras literaturas, en la hebrea las manifestaciones poéticas son anteriores a los escritos en prosa. Quizá esta coincidencia o constante en los orígenes de los pueblos sea un signo de eso, de originalidad, de comienzo y génesis de una personalidad colectiva y de todo su mundo interior característico.

También como en otras literaturas, podemos hablar en la hebrea de poesía bélica, con las características propias de la llamada poesía popular; poesía política, elegías fúnebres, cantos nupciales, etc. Y aun cuando, como es rasgo esencial de este pueblo, nunca está ausente la vertiente religiosa, sin embargo, de un modo más directo, pleno y preciso podemos hablar de poesía religiosa con el Salterio, y también con otros libros líricos, épicos o didácticos, como el Cantar de los Cantares o el libro de Job.

Semejante, podemos decir también que la primera manifestación literaria en San Juan de la Cruz es la poesía, que tiene luego su expresión didáctica en la prosa, sin que por ello dejemos de encontrar en la prosa rasgos, imágenes, pasajes enteros que son verdaderamente poéticos.

Aun cuando desde el siglo I se ha comentado la poesía hebrea según los cánones y desde la perspectiva de la poesía clásica —griega y romana— parece haber prevalecido, en cambio, en este último siglo la convicción de que el ritmo de la poesía hebrea es fundamentalmente interior, es decir, de ideas. La composición de los versos establece una correspondencia de dos miembros, relación de correspondencia en el sentido de las palabras, y también en el sonido, e incluso en la imagen que visualmente se expone. La ley o el canon poético es, pues, el paralelismo, que admite —en la idea,

en el color, en el sonido— una relación de paralelismo antitético, o un paralelismo sinónimo, o bien sintético.

De alguna manera, y en términos muy generales, podría decirse que la musicalidad de la poesía hebrea, en concreto la de los Salmos, está basada en el ritmo binario. Paralelismo de ideas, paralelismo de imágenes. Aunque podamos hallar también grupos de ideas-sonidos-imágenes con más de dos términos de comparación.

Al primar la idea sobre la medida del verso y con ello ser variado el número de palabras o sílabas, la musicalidad también se acomoda a esa mayor o menor extensión silábica, bien que manteniendo un ritmo de acentuación.

Esa misma libertad en la comprensión de un salmo hace que sólo muy aproximadamente podamos hablar de estrofas, mas bien habrá que hablar de escenas —si el poema es de alguna manera dramatizado, o narrativo—, o de cambios de ideas o temas, que suelen ser bruscos, como corresponde a la poesía, es decir, no explicativos. Más evidentes resultan estas separaciones de bloques de versos si el salmo es dialogado, o bien si marca la separación una especie de estribillo.

Junto a eso no es posible olvidar que los salmos han sido escritos bajo la inspiración divina, que supone a su vez una cierta capacidad humana, unas dotes poéticas, una visión intuitiva de lo que se escribe. Inspiración humana e inspiración divina parecen ir juntas, y aun cuando sea Dios el autor principal, el autor humano inspirado actúa con libertad de persona, sigue siendo esa persona con sus peculiaridades, es, más que nunca, un poeta, en actitud creadora.

Aun a pesar de no haber citado su nombre, todo lo dicho hasta aquí va directamente y plenamente referido al rey, profeta y poeta David.

## 2. *Líneas fundamentales de la poesía mayor de San Juan de la Cruz, y en especial de la «Noche Oscura»*

En lo dicho respecto a los Salmos de David queda ya manifiesta una cierta semejanza entre los dos poetas: también San Juan de la Cruz manifiesta su mundo interior en primer lugar, y primordialmente, en su poesía. Bien es cierto que no tuvo el rey David, que sepamos, necesidad de una explicitación en prosa didáctica de lo dicho en sus Salmos. Pero si el rey David es autor universal con sus Salmos, San Juan de la Cruz lo sería aun sólo con sus poemas.

(Digo de una vez por todas que no haré referencia a otros elementos medievales, populares o renacentistas que conforman la obra de San Juan de la Cruz, ni siquiera a otras influencias bíblicas, sino sólo a los Salmos).

San Juan de la Cruz, como hijo de su tiempo, compone sus poemas al modo renacentista y, así, es evidente la buscada rima, el conseguido ritmo, el molde de un tipo de composición poética, y, con ello, la clara separación de estrofas. Todo ello, podría decirse, señala un neta diferenciación con el modo poético de los Salmos.

Pero no es tan así, pues en la canción de la «Noche oscura», *argumento* de la «Subida del monte Carmelo», así como en los otros dos poemas mayores, se da de modo claro y constante, y por eso definitorio de su talante y estilo, el paralelismo, las repeticiones, el modo de decir circular, tan característico del orientalismo de los Salmos:

En una noche oscura,  
con ansias en amores inflamada,  
¡oh dichosa ventura!,  
salí sin ser notada,  
estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura,  
por la secreta escala disfrazada,  
¡oh dichosa ventura!,  
a oscuras, y en celada,  
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,  
en secreto, que nadie me veía,  
ni yo miraba cosa,  
sin otra luz y guía  
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba  
más cierto que la luz del mediodía  
a donde me esperaba  
quien yo bien me sabía,  
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche que guiaste,  
¡oh noche amable más que el alborada;  
¡oh noche que juntaste  
Amado con amada,  
amada en el Amado transformada!

Paralelismo sinónimo se da en ese repetir que es de noche: «En una noche oscura» dice el primer verso de la primera estrofa; y en la siguiente estrofa se dice «A oscuras» dos veces, y en la tercera de nuevo se dice «En la noche» y «sin... luz», y en la cuarta estrofa implícitamente se dice que se está en la noche, pues le guía una luz, para terminar la que podríamos llamar primera escena con unos versos de alabanza a la noche, que es la quinta estrofa, en que se repite en paralelo tres veces la exclamación «oh noche!».

En mi pecho florido,  
que entero para él solo se guardaba,  
allí quedó dormido,  
y yo le regalaba,  
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de la almena,  
cuando yo sus cabellos esparcía,  
con su mano serena,  
en mi cuello hería,  
y todos mis sentimientos suspendía.

Quedéme, y olvidéme,  
el rostro recliné sobre el Amado;  
cesó todo, y dejéme,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado.

En la sexta estrofa pasamos a otra escena, y de pronto, como ocurre tan frecuentemente en los Salmos; situación nueva, que, no descrita, es sin embargo vivida por el lector. Aparte de otros paralelismos, fijémonos que en la estrofa sexta, quinto verso, «el ventalle de cedros aire daba», se habla del aire, y en séptima primer verso, se habla «del aire de la almena» y sus efectos, y en la estrofa final se alude de nuevo al aire al decir «cesó todo».

Sin ánimo exhaustivo, he querido señalar el paralelismo, aquí sinónimo o sintético, semejante al de los Salmos.

Por la casi exactitud lírica, de ambiente, enamorada, de elegante sencillez, de silencios expresivos... recuerdo el Salmo 22:

El Señor me apacienta: nada me falta;  
en verdes pastos me hace recostar.  
Me conduce a las aguas donde descanse;  
restaura mi alma.  
Me guía por senderos rectos,

por amor de su Nombre.  
Aunque camine por el valle tenebroso,  
no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo.  
Tu vara y tu cayado:  
éstos me consuelan.

En este salmo el Señor, sin decirlo expresamente, aparece como un pastor, que apacienta en verdes pastos, que conduce a las aguas, que guía por senderos rectos. Aquí también el alma, una oveja, tiene en el valle tenebroso su noche oscura. Y la luz del corazón del poema «Noche oscura» de San Juan es, en el salmo 22 de David, la vara y el cayado del Pastor, y su misma presencia.

También hay un cambio brusco de escena, en el salmo 22, no descriptivo, pero eficaz:

Me preparas la mesa  
a la vista de mis enemigos;  
unges con óleo mi cabeza,  
mi copa está rebosante.  
La benignidad y la gracia me acompañarán  
todos los días de mi vida,  
y habitaré en la casa del Señor  
por muy largos años.

El alma o la amada invitada a la mesa, es ungida su cabeza, bebe de una copa rebosante... es una escena amorosa semejante a la de las estrofas 6-7-8 de «Noche oscura». El «dejéme» de San Juan —«dejando mi cuidado/entre las azucenas olvidado»—, que establece un estar definitivo en benignidad y gracia con el Amado, es en el rey David el habitar en la casa del Amado para siempre, por muy largos años.

Cabe señalar también, dentro de esta característica del paralelismo de ideas, y como formando parte del mismo estilo, las antítesis frecuentes: la luz interior en la noche guía «más cierto que la luz del mediodía» —estrofa cuarta—, «¡oh noche amable más que el alborada!» —estrofa quinta—. Los juegos verbales binarios: «Amado con amada / amada en el Amado transformada», que refuerzan ese paralelismo hebreo característico. Así como el frecuente uso de dos verbos, o dos adjetivos, o dos sustantivos.

Ateniéndonos sólo a «Noche oscura», leemos: «a oscuras, y segura», «a oscuras, y en celada», «luz y guía», «Quedéme, y olvidéme». En fin, por todas partes se cumplen las características principales de la lírica de los Salmos.

Así pues, me atrevo a decir que, en San Juan de la Cruz, se da una tal poesía de ideas tan fuerte —como en este salmo de David, tomado como ejemplo—, que supera y desborda la medida del verso y de la rima, se sobra del molde, de la composición estrófica, quiero decir, que hace que se olvide, y son las ideas —ideas poéticas— las que imponen con su rodar repetido, como en los salmos.

Pero puesto que son ideas poéticas, y no de razón, son verdades vistas, intuitas, fruto principalmente de una inspiración o deslumbre, hallan su mejor cuace expresivo en las imágenes. Las fuertes imágenes orientales de los salmos de David, que pueden ir desde la violenta alegría de lavarse los pies en sangre de los malvados (del salmo 57) hasta la exuberancia lírica de ternura del salmo 15: «me mostrarás la senda de la vida / abundancias de alegrías junto a ti / delicias bajo tu diestra para siempre». Y en esto también se marca la semejanza poética de San Juan, en las imágenes, rotundas y expresivas.

En ambos, en David y en San Juan, se da —si se puede hablar así— la misma técnica. Esta técnica casi consiste en no serlo, en usar de pocos medios, en pintar un lienzo de un solo color, oscuro y, sobre él, colocar un objeto, a una sola luz, de modo que resalta e invade los sentidos y penetra en el alma. La imagen, presente y no descrita, del salmo 22 es el Pastor, misterioso, pues de él no se dice ni esa palabra —que sea pastor— sino sus hechos y obras escuetos como verbos casi sin adjetivos; y el escenario son verdes pastos, aguas, senderos rectos. El valle tenebroso, una vara y un cayado. Tampoco se dice siquiera la palabra oveja.

Palabras, sustantivos y pocos adjetivos y éstos rotundos: pasto verde, sendero recto, valle tenebroso. Y el pastor y la oveja no vemos descrito nada.

Así hace San Juan: el inmenso negro de la noche oscura y una casa, de la que, por su escala, huye ese yo tan universal. Palabras sustantivas y pocos adjetivos y rotundos: noche oscura, casa sosegada, y un amor que se inflama y arde en el corazón para iluminar la escena.

La quinta estrofa de alabanzas a la noche es también algo muy común en los salmos, pues o todo un salmo es himno —como podríamos decir de «Llama de amor viva», que toda ella es un himno— o bien es frecuente que al final de una idea o tema o escena explote la emoción del poeta o en súplica angustiada o en canto de gratitud —como esta quinta estrofa de «Noche oscura»—.

Y ese cambio repentino de escena, en ambos poemas —en el salmo de David pasamos de la escena pastoril a la cena servida por el Amado ante

los enemigos; y en el poema de San Juan pasamos de la huida de la casa en la noche a la escena de amor—, es una constante en ambos poetas porque lo son y porque los dos no razonan con proceso lógico sino que ven lo que dicen: es como si pasara ante sus ojos un sucederse de secuencias fílmicas, como si se les mostraran cuadros distintos.

Es cierto que sólo los salmos son canónicos y no los poemas de San Juan y su prosa; pero si de David se puede hablar de inspiración divina porque sus composiciones son canónicas, de San Juan de la Cruz se puede hablar de inspiración divina en sentido amplio con la sola consideración de su obra, aun cuando haya sido nombrado Doctor de la Iglesia.

Pero hay más a este respecto, y es el contenido sustancial de esa idea —tomando todas las ideas poéticas en una sola unidad vital—, idea que es común en los dos poetas. La noche oscura y la subida del monte Carmelo es noche y es subida en la fe. E igualmente todos los salmos de David, todos, tiene como solo aliento la confianza en Dios y la firme o angustiada fe en su misericordia.

En ambos nombres se da la radical purificación, el sosegamiento total de la casa, el no temer mal alguno aun en el valle tenebroso, y, así, ambos poetas hablan radicalmente de la fe. Y también, porque ambos han atravesado la oscuridad y el dolor completo, hablan los dos del amor en desbordada ternura.

Pienso, pues, que ya que son universales de un modo tan radical son semejantes en esa misma raíz. Que además tiene en lo fundamental su expresión de parecida manera: paralelismo de ideas poéticas, reiteración circular, e imágenes vivísimas, por estar pintadas a una sola luz sobre la desnudez oscura.

### 3. *Subida del Monte Carmelo*

#### a) *Propuesta de la obra y contenido realizado*

Sin entrar en el debatido tema de si la propuesta inicial de esta obra se cumple en la siguiente, en «Noche oscura», o de si ambas obras son una sola o no, etc., para mi intento resulta indiferente una cosa u otra, u otras que se puedan debatir.

En primer lugar porque los salmos de David nos han llegado, por así decir, desordenados, y, por tanto, no cabe —al menos en este trabajo mío— hacer un estudio ordenado, en proceso ascendente, de la obra de Da-

vid y, por tanto, un paragón completo entre la obra de David y la de San Juan.

Hay una serie de salmos que llevan la introducción del contexto histórico u ocasión en que fueron escritos, pero el resto, que es su mayoría, no guardan una proporción significativa del paulatino acercamiento del alma a Dios, como sí ocurre con las obras de San Juan, que muestran claramente la subida del alma, su noche purificadora, su canto de amor, y su arder en el Fuego del Espíritu.

Al menos ahora, en los estudios actuales, que todavía debaten la paternidad de muchos salmos, y el posible retoque o acomodación a diversas circunstancias en siglos posteriores, no cabe conocer más que conjeturalmente el alma de David en su camino ascendente hacia la santificación, en su subida personal al monte Carmelo y su arder en el Fuego inextinguible del amor.

Pero es que además tampoco importa que San Juan haya cumplido —para mi intento— o no en ésta y en sus otras obras la propuesta anunciada, o quede incluso su obra inacabada, pues más principalmente me interesa el uso que hace en sus citas San Juan de la Cruz de los salmos de David, cómo hace suyo el espíritu davidico y su estilo, cómo acomoda la idea a los intereses de su propia obra, cómo es fiel al texto original.

b) *Indiferenciación entre salmos de David y otros salmos en las citas de San Juan de la Cruz*

Sólo desde la Reforma (el Concilio de Trento se cierra en 1563) empieza a plantearse en la exégesis teológica que no todos los salmos son de David, el estudio de su origen y evolución, etc., al recibirse la Vulgata como auténtica para su uso en las cátedras y estudios, para la piedad y al darse normas para la interpretación de la Biblia. A pesar de que el santo termina la redacción de «Subida...» en 1584, en estos años no ha habido lugar para una atribución diferenciada más o menos científica de los salmos; y el mismo San Juan de la Cruz no pretendía ni investigar ni innovar en este tema.

Así que cabría señalar como objeción al influjo de David en la obra de San Juan de la Cruz el hecho de que San Juan atribuye todos los Salmos a David. Parece cierto, pues, que habrá que hablar en primer lugar de la influencia de los salmos en general, en la obra de San Juan de la Cruz; así, lo que sucede es que este supuesto primer lugar de los salmos en general no lo es ni en importancia ni en sentido. No en importancia



porque es David el autor principal de los salmos, tanto en número como en pautas inspiradoras, de todos los demás; es David el autor principal en número, y es el primer autor en el tiempo. (Si exceptuamos un salmo atribuido a Moisés, otro a Débora, y poco más). Así que también el sentido espiritual y material, de los otros salmos queda marcado por la impronta de David. La importancia y el sentido de los salmos los da David, sean o no suyos; cosa por otra parte en buena medida dudosa.

Concluyo, pues, con que si San Juan de la Cruz no diferencia salmo de salmo no comente por eso un significativo error: espíritu, estilo y contenido son semejantes, como continuadores de una escuela cuyo maestro es David.

De todos modos, en este trabajo mío he querido limitarme sólo a las citas de los salmos de David que lo son realmente. Marco así más justificadamente su relación e influjo.

#### 4. *Exégesis bíblica*

##### a) *Interpretación científica e interpretación poético-espiritual*

Dentro de la ciencia teológica, ocupa un lugar relevante, más aún, decisivo, la exégesis de los textos bíblicos, ciencia que pretende hallar el verdadero sentido de los Libros Sagrados, y también —de un modo principal— el *sentido literal* de las palabras. Pues hay un sentido que quiso significar el autor inspirado, el exegeta debe hallarlo.

Sentido literal —sin entrar en discusiones de escuela o especializadas— es el que Dios, autor principal, quiso dar, independientemente de que el autor inspirado conociera todo el alcance y profundidad, o menos, de lo que escribía.

La búsqueda del sentido literal, a lo largo de la historia —aparte de muchas corrientes, escuelas, variantes, etc.—, aporta todos los datos positivos, con rigor y escrupulosidad científica, datos históricos, lingüísticos, de costumbres, etc. etc., para llegar a conocer lo que quiere expresar un determinado texto; y al lado de ese necesario estudio ha habido siempre a lo largo de la historia ese otro modo o talante —también necesario— que, sin desconocer esas aportaciones, al contrario, aprovechándose de ellas en general, bucea en el texto sagrado con mirada más espiritual, con la segura familiaridad comprensiva que dan una fuerte vida interior y un asiduo y sincero trato con Dios, y con finalidad no tanto científica sino de predicación o piadosa.

De esta última manera, sin duda —así es el estilo o talante o modo de San Juan de la Cruz —es como el santo se acerca a los salmos de David. No se puede decir en ningún sentido que San Juan de la Cruz parta de una ignorancia científica, al contrario, son sus aprovechados estudios y su clara inteligencia, su sólida doctrina, los que permiten ese ejercicio ascético y espiritual; pues lo hacen sobre esa necesaria base científica, de la que, si no es investigador creativo, es profundo conocedor; base científica que, por otro lado, en él no es teórica, sino vivida, lo que le da aun una más penetrante y luminosa visión de lo conocida por el estudio.

Junto a lo dicho, hay que tener en cuenta, propiamente, que San Juan de la Cruz no hace exégesis o hermenéutica sino muy indirectamente, pues su voluntad directa es usar textos de los salmos de David para ilustrar o corroborar lo dicho en su didáctica prosa, cuya finalidad es ayudar al alma en su subida ascético-mística al Monte Carmelo de la perfección y de la unión con Dios.

En el prólogo a «Subida...» él mismo dice: «... aprovecharme he para todo lo que con el favor divino hubiere de decir —a lo menos para lo más importante oscuro de entender— de la divina Escritura» (punto 2).

Y, dentro del uso que hace con esta intención de la Sagrada Escritura, los Salmos ocupan una especial relevancia. Se lee en las testimoniales que «se retiraba a los rincones y lugares secretos del convento» para leer la Biblia, y que «iba siempre cantando salmos e himnos».

Es muy significativo ese *cantar los salmos*, pues los salmos fueron creados para cantarlos. Y no es inútil decir que San Juan titula sus poemas mayores canciones.

Podría ser debido a esa cariñosa exageración que atribuye a San Juan de la Cruz el saberse de memoria la Biblia el que, por más usados, por más cantados, cite así de memoria los Salmos. No se sabe qué texto usó en latín o castellano; pero lo cierto es que todas sus citas tienen un igual sabor en el estilo, por otro lado no muy distinto de su propia manera de escribir. Así que puede ser debido a que la traducción fuera suya o haciéndose suya a lo largo del tiempo de uso de los Salmos y aprendérselos de memoria, al menos algunos versos o conjunto de versos.

El argumento de «Subida...» es la canción «Noche oscura», que dicho más precisamente, y tomándolo del prólogo, es «declarar y dar a entender esta noche oscura por la cual pasa el alma para llegar a la divina luz de la unión perfecta de amor de Dios, cual se puede en esta vida».

No es necesaria más declaración para nuestro propósito, y, así, sin más, paso a la consideración de las citas y uso que hace de ellas San Juan de la Cruz de los Salmos de David.

b) *Fidelidad exegetica y acomodación ascético-mística de los Salmos davidicos*

En el capítulo 6, 3 del libro 1º, que trata de los daños principales que causan los apetitos en el alma, dice: «todas las criaturas son meajas que cayeron de la mesa de Dios. Por tanto, justamente es llamado con el que anda apacentándose en las criaturas; y por eso se les quita el pan de los hijos, pues ellos no se quieren levantar de las meajas de las criaturas a la mesa del espíritu increado de su Padre. Y por eso justamente, como perros, siempre andan hambreado, porque las meajas más sirven de avivar el apetito que de satisfacer el hambre. Y así, de ellos dice David: *Ellos padecerán hambre como perros y rodearán la ciudad y, como no se vean hartos, murmurarán* (Salmo 58, 15-16)».

Este salmo 58 de David tiene —como antes indiqué de algunos— una introducción o localización histórica: «cuando Saúl envió a que le vigilaran la casa para darle muerte». Por tanto, en este salmo expresa David su propia angustia ante el peligro de muerte que sufrió, y pide a Dios que castigue a sus enemigos, y alaba la piedad divina. Esos *perros* son los hombres que odian a David y menosprecian a Dios.

Por tanto no es exegeticamente inadecuada la acomodación que hace San Juan de la Cruz, pues David es el hombre, el alma cristiana, y son enemigos suyos los apetitos, pues lo son de su perfección y unión con Dios: «Porque ésta es la propiedad del que tiene apetitos, que siempre está descontento y desabrido, como el que tiene hambre».

La traducción de San Juan difiere un tanto de la que puede leerse hoy: hasta parece citada de memoria, por el ligero desorden de la frase y omisión de alguna de sus partes: «Vuelven a la tarde, ladran como perros, / y recorren la ciudad; / andan vagabundos buscando comida, / si no se hartan lanzan aullidos». Compárese con lo que dice San Juan: «Ellos padecerán hambre como perros y rodearán la ciudad y, como no se vean hartos, murmurarán».

En el capítulo 7, 4 de este mismo libro 1º, todavía hablando de los apetitos, dice de ellos que atormentan el espíritu, y en cambio el espíritu de Dios recrea. Cita el verso 5 del salmo 37, que es un salmo penitencial, y en él el rey David llora, castigado por sus culpas, las cuales, «como carga

pesada cargan demasiado sobre mí». Pero San Juan hace que se refiera a los apetitos, que son «pesada carga, porque de ellos dice David: *Me oprimen como un peso harto grave*». No lo dice David de los apetitos, sino de los pecados; aquí el santo acomoda quizá en exceso.

El capítulo 8, 1-5 contiene cuatro citas de los salmos, y en él se advierte no sólo el uso acomodaticio más o menos literal que San Juan hace sino otros aspectos interesantes, y es que el santo parece contagiarse de la fuerza de las imágenes orientales del salmista, y casi compite con él en su prosa, ilustrando qué son, qué hacen del mal los apetitos en el alma: «ciegan y oscurecen el alma. Así como los vapores oscurecen el aire y no lo dejan lucir el sol claro, o como el espejo tomado del paño no puede recibir serenamente en sí el rostro, o como el agua envuelta en cieno no se divisa bien la cara del que en ella se mira; así, el alma». Cita en primer lugar el verso 13 del salmo 39, en el que David dice: «Me han cercado males sin número / atrapado me tienen mis culpas, y no puedo ver». En el texto de San Juan se lee: «Y así dice David hablando a este propósito: *Mis maldades me comprendieron, y no pude tener poder para ver*». (Ciertamente, David no lo dice «a este propósito»; aunque de un modo extenso se pueda hablar de los apetitos como culpas y pecados). Pero aquí me interesa más resaltar, como he dicho, la supuesta pugna de expresivas imágenes en ambos poetas. No tiene en cuenta San Juan que este salmo 39 es un salmo mesiánico, sino su acomodación al alma cuya perfección consistirá en llegar a ser el mismo Cristo. Así, el salmo usado por San Juan le ofrece estas imágenes: «el Señor se inclinó hacia mí y me sacó de la fosa... del lodo cenagoso... y asentó sobre roca mis pies» (v. 3). Y recordemos también el «no puede ver» del verso 13.

En el comentario del santo, como hemos leído, igual que si se sintiera estimulado por el estilo de David, se habla de «vapores que oscurecen», de «el espejo tomado del paño», «del agua envuelta en cieno». Y por eso, dice el santo, están las potencias desordenadas y turbadas. Y así dice David: *Mi alma está muy turbada* (Salmo 6, 4). Es también éste un salmo penitencial, y en el que, por tanto, lamenta David sus pecados, y que el santo acomoda a su tratado sobre el efecto cegador de los apetitos en el alma, que no ve la luz de Dios: «Núblanse de tristeza mis ojos» —dice David— «envejecen». Y San Juan de la Cruz habla del encegamiento del alma; «Poco le sirven los ojos a la mariposilla, pues que el apetito de la hermosura de la luz la lleva encandilada a la hoguera. Y así podemos decir que el que se ceba de apetito es como el pez encandilado, el cual aquella luz antes le sirve de tinieblas para que no vea los daños que los pescadores le aparejan. Lo cual da muy bien a entender el mismo David diciendo de los semejan-

tes: *Sobrevínoles el fuego*, que calienta con su calor y encandila con su luz» (Salmo 57, 9)». En este salmo David lanza una invectiva contra los jueces injustos, que no sólo sigue San Juan acomodando a su interés doctrinal, sino que aprovecha las imágenes que el salmo le ofrece al pintar la maldad de esos jueces, maldad que atribuye a los apetitos contra el alma. Así dice David: «Veneno tienen semejante al veneno de serpiente / al veneno del áspid sordo, que tapa sus oídos, / para no oír la voz de los fascinadores, / del encantador que encanta con su pericia» (v. 5-6). Imágenes semejantes a las del pez encandilado, que el santo poco antes usó. Rara es la traducción que hace San Juan del v. 9, que en una versión actual puede leerse así: «Pasen (esos jueces inicuos) como la babosa, que se aplasta, / como aborto de mujer, que no vio el sol». Y el santo dice: «*Sobrevínoles el fuego*». De todos modos es éste un salmo de todavía difícil traducción e interpretación, en este versículo y en el siguiente, que el santo también cita al mismo propósito. Después de otra interesante imagen que habla de la inutilidad de los que pretenden la perfección sin mortificar los apetitos —«nunca le aprovecha más cuanto hiciera que aprovecha la simiente echada en tierra no rompida»—, dice: «Y así, echando de ver David la ceguera destes y cuán impedidas tienen las almas de la claridad de la verdad, y cuándo Dios se enoja con ellos, habla con ellos diciendo: *Antes que entendiesen vuestras espinas, esto es, vuestros apetitos, así como a los vivientes, de esta manera los absorberá en su ira Dios* (Salmo 57, 10)». Ahora no son sólo los jueces inicuos de David los apetitos en San Juan de la Cruz, sino también los que no viven esta doctrina; así, la traducción del santo, siendo didáctica y acomodada a su enseñanza, da clara luz sin embargo para una traducción científicamente correcta, y para el hallazgo del sentido literal; pues en una traducción actual puede leerse: «Antes que vuestras ollas sientan la zarza ardiente, / estando aún verde, arrebatéles el furor del torbellino». Este torbellino es, ciertamente, la ira de Dios a la que se refiere el santo.

En el capítulo 10, 1 de este mismo libro 1º habla el santo de que «los apetitos entibian y enfalquecen el alma». Recurre de nuevo al salmo 58 pero a otro versículo, el 10. David marca el contarse entre sus enemigos, que lo son de Dios, que se jactan de su propia fuerza y ésta, por decirlo así, se les va por la boca; pero él se acoge en el Señor: «Fortaleza mía a ti me volveré / porque tú eres, oh Dios, mi baluarte». Esta traducción y su sentido son hallazgos actuales y el santo, aun si traduce más la idea que el texto, traduce con inusitada claridad: *Yo guardaré mi fortaleza para ti*. Y explican: «Esto es, recogiendo la fuerza de mis apetitos, sólo a ti». Y líneas antes ha ilustrado esta idea con estas bellas y eficaces imágenes: «Así como el agua caliente no estando cubierta fácilmente pierde el calor,

y con las especias aromáticas desenvueltas van perdiendo la fragancia de su olor, así el alma».

Terminando el recorrido de este libro primero de «Subida...», quiero referirme ya a los siguientes con la escueta alusión a las imágenes poéticas, a las antítesis y paralelismos de que ambos poetas hacen gala, y de esa exposición podrá advertirse, en cierta medida, el influjo de los salmos en la formación lírica de San Juan de la Cruz.

Libro 2º, c.3, 5-6. La fe como noche oscura. El salmo 18, 3 aquí citado es uno entre los más hermosos de David. Personifica los cielos y el firmamento, que alaban a Dios: «El día transmite al día la palabra, / y la noche traslada a la noche la noticia». Y el santo traduce así: *El día rebosa y respira palabra al día, ya la noche muestra ciencia a la noche*. Otras imágenes de este salmo: «Dios puso su tienda al sol, que sale como esposo de su lecho, y se alegra como un gigante al recorrer su camino». «El mandamiento del Señor es limpio, alegra los ojos». Los juicios del Señor son «mucho más deseables que el oro, que el oro finísimo / y más dulce que la miel que el panal destila».

En este mismo capítulo cita el santo el salmo 138, 11, que es una larga y no menos bella consideración sobre la presencia de Dios y la inexcrutable de su ciencia, visión adecuadísima a la noche oscura de la fe que, por otro lado, como antes señalé, es la constante fundamental en la poesía de David, la idea de fondo, como lo es en San Juan de la Cruz. «¿A dónde iré —se pregunta David— lejos de tu espíritu? ¿A dónde huiré de tu rostro?» (...) Si dijere: «Al menos las tinieblas me ocultarán, / *me rodeará la noche en vez de la luz*». Pero dice el santo: «Lo que de aquí se ha de sacar es que la fe, porque es noche oscura, da luz al alma, que está a oscuras», y fuerza el sentido afirmando: «Lo que también dice David a este propósito, diciendo: *La noche será mi iluminación en mis deleites*. Lo cual es tanto como decir (...) la fe será mi guía. (...) El alma ha de estar en tinieblas para tener luz para este camino». Pero si esto es cierto en general, incluso en este salmo, no lo es en los versículos elegidos, pues en los siguientes aún es más explícito que se refiere David a la omnipresencia de Dios y su ciencia infinita: «Las mismas tinieblas no serán oscuras para Ti / y la noche lucirá como el día: la oscuridad es para Ti como la luz» (v. 12). Pero es claro que la noche como luz —hallazgo característico de San Juan de la Cruz— tiene aquí un claro antecedente.

En este mismo libro 2, c.8, 3, «trata, en general, como ninguna criatura ni alguna que puede caer en el entendimiento, le puede servir de próximo medio para la divina unión con Dios».

Es cierto que se trata de una vía o acceso místico a Dios, por medio de la fe, pero no deja de sorprender en San Juan de la Cruz el posible alcance en el plano filosófico de esta afirmación de fuerte impronta platónica: «Es imposible que el entendimiento pueda dar en Dios por medio de las criaturas». Esto es así, dice, porque —y ésta es la causa— «de Dios a ellas ningún respecto hay ni semejanza esencial, antes la distancia que / hay entre su divino ser y el de ellas es infinita». «De donde, hablando David de las (criaturas) celestiales, dice: *No hay semejante a ti en los dioses, Señor* (Salmo 85, 8), llamando dioses a los ángeles y almas santas. La interpretación habitual dista de la acomodaticia de San Juan, pues por dioses se entiende dioses, lo que los paganos erróneamente adoran. E igualmente parece exagerada la aplicación que hace para su propósito de la siguiente cita: «Y hablando también el mismo David de los (seres) terrenales y celestiales juntamente dice: *Alto es el Señor y mira las cosas bajas, y las cosas altas conoce desde lejos* (Salmo 137, 6); como si dijera: Siendo El alto en su ser ve ser muy bajo el ser de las cosas de acá abajo comparándole con su alto ser; y las cosas altas, que son las criaturas celestiales, vélas y conócelas estar de su ser muy lejos». La interpretación más común es leer aquí la actitud del humilde («El Señor mira al humilde») y del soberbio («Al soberbio le observa de lejos») ante Dios. Pero San Juan lleva la lectura a su propio fin: «Luego todas las criaturas no pueden servir de proporcionado medio al entendimiento para dar en Dios», y así insiste en la necesidad de la fe como proporcionado medio para la unión con Dios; tema del capítulo 9, 1-2, en el que hay un despliegue de maravillosas y sorprendentes imágenes. La fe es «ciega y deslumbra nuestro entendimiento; y así, por este solo medio, se manifiesta Dios al alma en divina luz, que excede todo el entendimiento». «Ha de ser el entendimiento ciego y a oscuras en fe sólo, por debajo de esta tiniebla se junta con Dios el entendimiento, y debajo della está Dios escondido, según lo dijo David por estas palabras: *La oscuridad puso debajo de sus pies y subió sobre los querubines y voló sobre las plumas del viento. Y puso por escondrijo las tinieblas y el agua tenebrosa* (Salmo 17, 10) (En realidad 10-12). Este salmo, según 2 Sam. 22 y según su propia introducción histórica fue compuesto al ser librado David de todos sus enemigos y de Saúl, es, pues, —en su primera parte— un canto de entusiasmada y victoriosa alabanza en el que Dios, su poder, parecen ser los mismos y grandiosos elementos que El ha creado. En una palabra, esa unidad cósmica —sin olvidar la distancia infinita entre Dios y la criatura— que los dos místicos poetas con tanta frecuencia expresan. Ante la de San Juan, que parece cada vez más familiarizado con el lenguaje y espíritu de David, una traducción más actual pierde en grandeza. Véase la actual: «E inclinó los

cielos y descendió; / y negro nublado había bajo sus pies. / Y cabalgó sobre un querubín, y voló, / y era llevado sobre las alas del viento. Se vistió de tinieblas como de un velo, / y por manto, un aguacero tenebroso, nublado denso». Que San Juan comenta así, comentario grandioso de David, y de su espíritu: «En lo que dijo que *puso oscuridad debajo de sus pies, y que a las tinieblas tomó por escondrijo* y aquel su tabernáculo en derredor dél es el agua tenebrosa, se denota la oscuridad de la fe en que él está encerrado. Y en decir que *subió sobre los querubines y voló sobre las plumas de los vientos* se da a entender como vuela sobre todo entendimiento; porque *querubines* quiere decir inteligentes o contemplantes, y las *plumas* de los vientos significan las sutiles y levantadas noticias y conceptos de los espíritus; sobre todas las cuales es su ser, al cual ninguno puede de suyo alcanzar».

En el capítulo 19 dice algo San Juan de la Cruz que, de rechazo, justifica su amplia libertad al comentar el sentido de los salmos, sentido múltiple en toda poesía, infinitos sentidos —aun si hay uno principal— en la poesía divinamente inspirada: «Dios siempre habla en sus palabras el sentido más principal y provechoso, y el hombre puede entender a su modo y a su propósito el menos principal y así quedar engañado» (v.12). «Dice David: *El Señor cumplió a los pobres su deseo* (Salmo 9, 17) (v.13). Antecede a este versículo otros expresivos de la maldad del opresor, que traen ecos e imágenes del santo: «Se sienta al acecho junto a las aldeas (...) en su escondrijo, como león en su guarida (...) arrebata al desvalido y lo arrastra a su red». Tras esta descripción viene una oración de súplica confiada por el desvalido, y, como final, el deseo cumplido: *El señor cumplió a los pobres su deseo*, que en interpretación más honda y original de San Juan de la Cruz, no será tanto el deseo de los pobres, sino el de Dios por ellos: «No se les cumplió en esta vida su deseo, es de fe que, siendo justo y verdadero su deseo, se les cumplió en la otra perfectamente».

En el capítulo 26, 2-3-4 recurre de nuevo al salmo 39, esta vez al versículo 6 *no hay como El cosa alguna*. Habla el santo de las «visiones o, por mejor decir, de noticias, de verdades desnudas», de las que también hay que estar desasido pues *no hay como El cosa alguna*; pero también me parece extraordinariamente interesante en tanto que al referirse (puede leerse así) a esta dificultad de dar a conocer lo vivido, parece expresar que el único cauce medianamente aceptable es la poesía: «Por cuanto es pura contemplación ve claro el alma que no hay cómo poder decir algo de ella, si no fuese decir algunos términos generales que la abundancia del deleite y bien que allí se sintieron les hace decir a las almas por quien(es) pasan; mas no para que en ellos se pueda acabar de entender lo que el alma allí gustó y sintió».



Y así David, habiendo pasado por él algo de esto —es sobrecogedoramente encantadora esta aseveración; y más si se piensa que recurre a David para no hablar en esto de sí mismo—, sólo dijo con palabras comunes y generales diciendo: *Los juicios de Dios*, esto es, las virtudes y atributos que sentimos de Dios, *son verdaderos, en sí mismos justificados, más deseables que el oro y que la piedra preciosa, muy mucho más dulces sobre el panal y la miel* (Salmo 18, 10-11).

Traducciones actuales no dicen «piedra preciosa», sino que repiten «oro, el oro finísimo».

En el capítulo 31, 1 habla el santo de las palabras sustanciales recibidas de Dios, doctrina que me parece ver expresada en los versos del «Cántico espiritual»: «Ya bien puedes mirarme, / después que me miraste, / que gracia y hermosura en mí dejaste». Pues la palabra sustancial «imprime sustancialmente en el alma aquello que significa (...) hace sustancialmente en el alma aquello que le dice. Porque esto es lo que quiso decir David cuando dijo: *Cantad, que El dará a su voz, voz de virtud*», de fuerza (Salmo 67, 34).

En este largo y difícil salmo ha introducido el santo un riquísimo y hondo punto de luz.

Pasamos al libro tercero c.6, 3 de «Subida...», con una cita que, relativamente hablando, no tiene especial interés: *De verdad, vanamente se con-turba toda su alma* (Salmo 38, 7), y el comentario es el de sentido más directo.

En el capítulo 10, 2-3, continuando el tema de los daños «que le puede seguir al alma por parte del demonio», cita de nuevo el salmo 138, 11 y entra de nuevo también en juego la imagen de la noche como luz, la del alma «enmelada y encandilada», «ciega», a la que por el engaño «lo que era vino se lo volvió vinagre...», y aconseja, como siempre, la nada, el no gustar: «Y así lo dio a entender David cuando dijo: ¿Por ventura en mis deleites me cegaran las tinieblas y tendré la noche por mi luz? (Salmo 138, 11). Pero aquí hay una inversión de la ya universal imagen de San Juan de la luminosa noche oscura. Este mismo versículo le sirvió para decir en el libro 2, c.3, que la noche era imagen de la fe, y por eso luminosa. Ahora la noche es noche, es decir, engaño del demonio. Y compárese también la distinta traducción: antes escribió: *La noche será iluminación en mis deleites*. Ahora lo convierte en pregunta retórica: ¿es que permitiré que esos deleites me cieguen como tinieblas, es que llegaré a verme tan engañado que tenga a la noche como luz?

Dijo en el prólogo, 2 que iba a aprovecharse para lo más importante y oscuro de entender de la divina Escritura, «por la cual guiándonos no

podremos errar, pues el que en ella habla es el Espíritu Santo». Pero, evidentemente, y hasta siguiendo su misma doctrina, uno de los dos debe de ser el principal sentido y más adecuado, y no los dos...

También el salmo 85, 8, *Señor, entre los dioses ninguno hay semejante a Ti*, lo usa de nuevo y en otro sentido: antes (libro 2º, c. 8) significaba dioses las criaturas terrenas y celestiales, que no son medio apropiado para llegar a Dios; ahora dioses (libro 3º, c.11, 1-2) significa las aprehensiones de la memoria que impiden la desnudez para la unión; pero igualmente afirma que es así «según enseña David». Por tercera vez repite el uso de un salmo, ahora (libro 3º, c.16, 1) es el *Yo guardaré mi fortaleza para ti*: pero esta vez el comentario es sustancialmente el mismo: «que todas las potencias y apetitos y operaciones y afecciones de su alma emplee en Dios».

Sin especial relieve lírico son las citas y comentarios del capítulo 18, 3: *Si abundaran las riquezas, no pongáis en ellas el corazón* (salmo 61, 11) que repite en el capítulo 20, 1 y con libertad: *aunque abunden las riquezas no les apliquemos el corazón*. Pero crea la imagen del corazón mal guardado, que no hace caso de lo pequeño, lo poco, diciendo: «En lo poco hay gran daño, pues está entrada la cerca y la muralla del corazón». En este salmo 61 David, que espera el socorro divino ante los ataques de su hijo Ansalón, ha escrito: «Dios es mi roca (...) mi baluarte». Y esta imagen tan semejante a la usada por el santo: «¿Hasta cuándo seguiréis cayendo sobre un hombre, / derribándole todos, / como a una pared inclinada, un muro ruinoso?» (v. 4).

En el capítulo 23 habla «de los provechos que saca el alma de no poner el gozo en los bienes naturales», con el repetido recurso al salmo 57, 5-6, y aconseja que cerremos los ojos a esos bienes «porque guardando las fuerzas del alma, que son los sentidos, mucho se guarda y aumenta la pureza de ella» (...) «Semejante a la prudente serpiente, que *tapa sus oídos por no oír los encantadores que le hagan alguna impresión*. (Antes lo usó dos veces —v.9-10— en el libro 1º c.8, 1-5 para hablar de los apetitos que deben ser mortificados).

«De dos provechos que se sacan en la negación del gozo acerca de las gracias sobrenaturales» (c. 32, 1-4). El primer provecho es ensalzar a Dios, «lo cual quiso decir David en el verso que habemos alegado al principio de la noche desta potencia, a saber: *allegarse ha el hombre al corazón alto, y será Dios ensalzado* (Salmo 63, 7). Aquí parece equivocarse el santo, pues no alegó este salmo al principio de la noche desta potencia, sino —y supongo que se refiere a él— al salmo 137, 6, que antes (libro 1º, c.8, 3) tradujo así: *Alto es el Señor y mira las cosas bajas, y las cosas altas conoce*

*desde lejos*. En todo caso el salmo 63, 7 dice algo del todo distinto: «Fraguan planes nefandos, / ocultan los plantes fraguados, / y la mente y el corazón de cada uno son recónditos». Pero ese corazón alto o ese corazón puesto en alto, ¿no recuerda el alma que sale de la casa sosegada y sube al alto de los cedros, junto al aire de la almena, entre las azucenas? *En tierra desierta y sin camino, parecí delante de Ti para ver tu virtud y tu gloria* (Salmo 62, 3). (En realidad 2-3). David escribe este salmo cuando se ve constreñido a refugiarse en el desierto por la persecución de su hijo Absalón: «Dios / ansiosamente te busco. / Sed de ti tiene tiene mi alma, mi carne te desea, / como tierra seca y sedienta, sin agua. / Por eso te contemplo en el santuario, / para ver tu poder y tu gloria. / Porque mejor es tu gracia que la vida, / mis labios te ensalzan» (2, 4).

Se diría que es ésta otra expresión de «Noche oscura» (tierra desierta y seca) y otro hermoso contraste una vez cumplido el deseo: «Quedéme y olvidéme, el rostro recliné sobre el Amado». (Carne y alma desean a Dios, desean llegar a contemplarlo y a verle, y gustarle hasta el éxtasis, pues se dice que su «gracia es mejor que la vida»).

El segundo provecho es el ensalzamiento del alma «en fe muy pura», y le aumenta la caridad y la esperanza «por medio del oscuro y desnudo hábito de la fe, y de gran deleite de amor».

En el capítulo 44, 2 cita el salmo 144 en el v.18, y en los vv. 19-20, sin ofrecer un especial interés, si no es la idea de enderezar a Dios el gozo y fuerza de la voluntad, y el acuerdo entre lo que el salmo dice y su comentario: «Tú abres tu mano y sacias (...) Cerca está el Señor de los que te invocan (...) Oírás tu clamor (...) Guarda a todos los que le aman». Y dice el santo: Este estar cerca que aquí dice David no es otra cosa que estar a satisfacerlos y concederlos aun lo que no les pasa por pensamiento pedir».

Y, por fin, en el capítulo 45, 2 vemos citado otra vez un mismo versículo de salmo con otro comentario, que si aquí no es distinto sí es matiz nuevo. Habla del vano gozo y presunción al predicar a Dios, que resulta apostólicamente ineficaz, pues «su fuerza y eficacia no la tienen sino del espíritu interior» (...) «porque aunque es verdad que la palabra de Dios de suyo es eficaz, según aquello de David que dice *El dará a su voz, voz de virtud* (Salmo 67, 34), pero también el fuego tiene virtud de quemar, y no quemará cuando en el sujeto no hay disposición».

##### 5. Constantes en la exégesis de San Juan de la Cruz de los salmos davídicos

Según lo que hemos podido ver en todo el uso que hace el santo de los salmos davídicos en la «Subida del Monte Carmelo», la constante de

fondo, de idea fundamental, es la confianza en Dios, que si en San Juan se expresa con el repetido término de fe como medio apropiado a la unión, en David, aun teniendo otras expresiones diversas entre sí, coinciden en sustancia en ser fe y confianza en la misericordia divina aun en medio de las oscuridades, luchas y contrariedades.

Es manifiesta en los salmos la, llamémosle así, subjetividad: David habla de sí mismo y desde sí mismo, de tal modo que su yo alcanza universalidad en el tiempo y en el espacio. Es indudable que la poesía de San Juan de la Cruz, ahora referido a «Noche oscura», y la prosa de «Subida...», han alcanzado una rotunda universalidad en el espacio y en el tiempo, pero no es menos cierto su subjetividad peculiar: el alma a la que se refiere en «Subida...» es principalmente la suya, aunque en el prólogo diga «para decir algo de esta *noche oscura*, no fiaré ni de experiencia ni de ciencia porque lo uno y lo otro puede faltar y engañar»; podríamos, pues, decir que lo que en David evita la falta y el engaño, que es la inspiración divina, en San Juan es ese recurso constante a la escritura y su humildad dispuesta a toda rectificación. Pero es que, además, el poema «Noche oscura» es también manifiestamente subjetivo: los verbos están en primera persona, cuatro veces se usa la palabra *yo*, y doce veces el posesivo *mi* o *me*.

Junto a estas dos bases fundamentales coincidentes en David y San Juan, como son la fe y la expresión del propio yo, está la coincidencia de recursos líricos —como expusimos al comienzo de este trabajo— y que hemos podido cotejar y ver entremezclarse en las imágenes de los salmos y su asimilación en la prosa de San Juan, en la cual se repiten imágenes semejantes o, si nuevas, salidas o provocadas por el tema y la disposición del salmo citado y usado. Muchas de las imágenes davídicas, situaciones, escenografía... han sido trasladadas, al menos, a los poemas mayores.

## 6. Parentesco literario y familiaridad interior entre David y San Juan

Podemos hablar, pues, como conclusión, de un suave, constante y firme influjo de David en la obra en verso y en prosa de San Juan. El influjo no está en su inmediato uso en «Subida...», sino en el largo estudio y lectura y meditación anteriores, previos, que hace posible tan frecuente uso, y en ocasiones con una similitud y familiaridad tales que el santo llega a citar diversamente, o a trozos, o haciendo suyo el sentido, o afirmando que ese sentido es el pretendido por David, como quien ha llegado a una íntima amistad espiritual, tan frecuente, que dice del modo y con los giros del amigo —David— casi sin advertirlo.

Esta familiaridad le lleva no, ciertamente, a hacer exégesis de la Escritura, sino a acomodarla con extremada confianza a su finalidad didáctica. Lo cual, a su vez, le permite en repetidas ocasiones conseguir acertadísimas y luminosas visiones del sentido literal del texto, incluso en los casos en que éste es piedra de tropiezo para los intérpretes y especialistas.

Este acercamiento inicial e introductorio a los salmos de David en «Subida...» y «Noche oscura» puede tener, desearía que lo tuviera, no sólo un más detallado estudio de esta propuesta, sino que se extendiera al resto de la obra poética y en prosa del santo. Lo cual sería una muestra, por otro lado señera, de la influencia fontal de la Escritura en el Renacimiento español, y, específicamente, de los salmos de David; y esto enlazaría perfectamente con otra influencia de la cultura hebrea en nuestro Renacimiento, llegada a través de la literatura profana y de la convivencia diaria y común.

P. A. Urbina  
Escritor  
MADRID